



nais, y pensaba visitar las Indias; pero le disuadió de esta idea la compañía de hombres ilustres, de quienes era presidente en la Academia de Roma. Saqueada su casa en una sublevación en tiempo de Sixto IV (1484), *él, con jubón y borceguies, y con una caña en la mano, fué á quejarse á los jueces (In fessura)*, y fué reintegrado con creces por sus amigos, que le suministraron á porfía todo lo necesario. Su admiración hacía la antigüedad le hacia mirar como salvajes las costumbres y las creencias presentes, de tal modo, que fué tenido por impío.

Pero cuán en la infancia se hallaba la crítica, se vió cuando Annio de Viterbo publicó en 1498 unas historias originales muy antiguas (*Antiquitatum variarum libri XVII*), á propósito para aclarar el origen de los pueblos, así como el Caldeo Beroso, Fabio Pictor, Mirsilo de Lesbos, Sempronio Arquiloco, Caton, Metastenes, Marceto y otros muchos. ¡Qué placer para los eruditos! Se levantó hasta las nubes el nombre de Annio, y los doctos adornaban á porfía sus escritos con la belleza de aquél: desgraciadamente en todas las historias municipales ó generales escritas entónces, se mezcló mucho de falso y poco de verdadero. Por tanto, aquellos fragmentos no eran más que una ficción, bien del fraile, ó bien que éste fué engañado por los que en aquella época especulaban con la afición á las cosas antiguas.

Cuando ya fueron conocidos los modelos clásicos se disminuyó el crédito y el número de las crónicas, perdiéndose así noticias, que aunque frívolas algunas veces é inconexas siempre, interesan, sin embargo, como relacion de los tiempos y del sentimiento popular. Como el gusto se mejoró, se quiso que la historia fuese tambien bella, y así fué escrita muchas veces en latin y algunas en romance. Uno de los que mejor la escribieron fué Eneas Silvio Piccolomini, natural de Siena, que expuso los sucesos de Italia desde el año de su nacimiento hasta el último de su pontificado. Se imprimió ciento veinte años despues con el nombre de Juan Gobellino, su secretario, y es un dechado de vigorosa elocuencia unida á un grande estudio de los caracteres y de las costumbres. Su larga permanencia

en Alemania le proporcionó medios de referir los sucesos de Bohemia y de Federico III con el título de *Historia de Austria*; á estos trabajos hay que añadir la cosmografía y descripción de Europa y del Asia Menor, y otros de que ya hemos hablado. Continuó su historia hasta 1469 Jacobo de los Ammanati, florentino, á quien el mismo papa dió el apellido de su familia, el obispado de Pavía y el capelo.

Leonardo Bruno de Arezzo, estando en Roma de secretario apostólico, vió y describió las mezquinas agitaciones de aquella ciudad, y como viese en el concilio de Constanza que iba en decadencia el partido del papa, se dirigió á Florencia, donde fué nombrado canciller y extendió su historia hasta 1404. Era escritor que corregía y cuidaba mucho de la frase, fué atendido por los príncipes, visitado de los extranjeros, y dejó tambien traducciones del griego, vidas y cartas importantes para la historia literaria de su tiempo.

Juan Cavalcanti refirió las cosas de Toscana desde el 1420 al 52 sin la sencillez de los autores del siglo XI, ni la estudiada pureza de los del XVII. Pedante aunque toscano, corrompe la preciosa lengua de su país con voces latinizadas, adjetivos rebuscados, locuciones viciosas y arengas, y en medio de todo usa giros plebeyos emitidos en tono de catedrático. Dice *latino* por *italiano*, *quirites* á los *ciudadanos*, y al describir los horrores de la toma de Brescia, anda divagando con juegos de palabras. Siendo güelfo por convicción, hizo un ídolo de Cosme de Médicis, y Maquiavelo se sirvió de su historia sin nombrarle.

Tambien escribieron la historia de Florencia Poggio y Bartolomé de la Scala, que la dejó por haber fallecido á la caída de Carlos VIII. Ángel Policiano pagó tributo á la protección que le concedieron los Médicis, por medio del elegante episodio de la conjuración de los Pazzi. Vespasiano de los Bisticci, librero muy erudito, dejó muchas vidas de sus contemporáneos, buenas por su contenido, pero de estilo descuidado.

Antes que ningun otro, procuró escribir la historia de Venecia Andrés Dandolo, narrador árido, sin crítica sobre el pasado, bastante im-



parcial en lo presente y abundante en documentos. Asimismo escribió los fastos venecianos Marco Antonio Coccio, llamado el Sabélico, señalándole como apto la opinión pública, habiéndosele dado la pensión anual de doscientos zequies y el nuevo título de historiógrafo y bibliotecario de San Márcos; pero desempeñó mal su encargo. Mejores fundamentos habia escogido Bernardo Justiniano para examinar los tiempos primitivos, pero se detuvo en el año de 809. Daniel Chinazzo de Treviso escribió en italiano la guerra de los genoveses.

Pedro Pablo Vergerio, uno de los mejores literatos, compuso con elegancia la historia de los Carrareses. Benvenuto de San Giorgio, descendiente de los condes de Biandrate, insertó muy buenos documentos en la de Monferrato. Ya hemos hablado en otra parte de Platina, historiador de Mántua. Además de los continuadores de Caffaro, alaba Génova á Juan Bracelli de Sarzana, que sin ostentación ni aparatos retóricos escribió en buen latin los sucesos desde 1412 al 44, con excelentes datos, como canciller que era de la república.

No faltaron historiadores á los reyes de Nápoles de entre sus protegidos, como Antonio Beccadelli, llamado el Panormita, poeta laureado por el emperador Sigismundo, y que reunió en cuatro libros los dichos y las hazañas del rey Alfonso. Pandolfo Colennuccio de Pésaro compendió en italiano la historia de Nápoles hasta sus días; sabido despues que queria entregar su patria á Valentin, fué estrangulado en la prisión.

La primera cátedra de historia de Milan fué ocupada por Julio Emilio Ferrario de Novara; posteriormente Andres Biglia, fraile agustino, formó una relacion fiel y en estilo elegante de los fastos de aquella ciudad desde 1402 á 1431. Pedro Cándido Decembrio, que vivió en la corte de Felipe María y fué despues sosten de la república ambrosiana, se dirigió á Roma y á otras partes, cuando aquélla cayó, en clase de secretario; volviendo por fin escribió las vidas de Felipe María, Esforcia, Nicolas Piccinino y una crónica de los Visconti, llena de sencillos pormenores á la manera de Suetonio. Juan Simonetta, hermano de Cicco, celebró las hazañas

de Francisco Esforcia, á quien siempre habia acompañado, adulándole, pero con gracia, y siendo siempre claro y elegante. Tristan Calco se puso á continuar la historia de los Visconti, de Jorge Merula; pero viéndola plagada de fábulas tomadas de Annio de Viterbo, la rehizo hasta el año de 1323, criticando las fuentes y empleando un buen estilo. Su contemporáneo Bernardino Corio, ayuda de cámara de Luis el Moro, escribió la historia milanesa que se hizo más vulgar, en un italiano incierto, rudo cuando habla de las cosas antiguas, pero exacto y rico en las contemporáneas, apoyando su narración con cartas y monumentos.

La vida de Bartolomé Coleone fué escrita en latin por Antonio Cornazzano, que vivía con otros literatos y artistas en el castillo de aquel valeroso aventurero, por lo cual le pintó con lienzos colores que ha desmentido la historia (1). Lodrisio Crivelli y Juan Antonio Campano, escritores rudos é interesantes, describieron las hazañas de otros dos capitanes aventureros, Esforcia y Braccio de Montone. Tambien está llena de interes la historia de Scanderberg, formada en latin por el albanés Marin Barlezio; pero adulterando los hechos por imitar á los antiguos. Bonino Mombriozio, milanés, fué el primero que reunió en dos elegantes volúmenes, vidas de santos, sacadas de bibliotecas y archivos, copiando en ellas hasta los errores, sin discernir las apócrifas.

Antonio Bonfini de Ascoli, que vivió en la corte de Matias Corvino y de Ladislao hasta 1502, dejó tres décadas de la historia de Hungría, siendo muy buena fuente, porque no hay otra. Felipe Bonaccorsi ó Callímaco Esperiente, toscano, que huyó de Roma al disolverse la academia, anduvo errante mucho tiempo y se fijó

(1) Tenemos tambien de Cornazzano la vida de Francisco Esforcia en tercetos, y un tratado «De la integritá de la militare arte,» además de un poema sobre el mismo asunto, que se ha impreso muchas veces. «Opera nuova de Mr. Ant. Cornazzano, la quale tratta de modo regende, de motu fortunæ, de integritate rei militaris, et qui in re militari imperatores excelluerint.»



en Polonia, acogido por una posadera, y posteriormente por el rey Casimiro, que le empleó con el historiador Dlugos en educar á su hijo, de secretario suyo, y muchas veces de embajador. Escribió los hechos del rey Ladislao y la batalla de Varna, donde éste había muerto.

Entre los franceses figura noblemente Juan Froissart, despues de Joinville y Vellehardouin. Nació en Valenciennes en el Hainaut; su padre era pintor de escudos de armas, sirvió de secretario á varios príncipes, anduvo en busca de aventuras y de instruccion, y en vez de hacer una novela de su época, trazó su historia algun tanto romancesca, y escribió en cuarenta años sus *Crónicas*, desde 1326 hasta el 1400, refiriendo los sucesos de todo el mundo, pero principalmente de Francia, de los Países Bajos y de Inglaterra. Con la escasez de comunicaciones y la falta de publicidad, no se podia ser historiador sino andando de aquí para allá, mirando y preguntando, y á esto precisamente era inclinado Froissart por su carácter. Al presentarse en un palacio ó en un castillo, decia: *Soy un historiador*, y como tal preguntaba; se insinuaba, conocia á los hombres célebres, buscaba las pruebas de los hechos, y recibia presentes de los que deseaban lisonjas y temian la sinceridad de la historia. Cuando tenia que entretener á las señoras en los gabinetes ó en las comidas de los grandes, llevaba consigo para leerla su novela el *Melindos*. De este modo, escuchándolo todo, todo lo refiere sin discernimiento; el viajero que pondera sus aventuras, el caballero que engrandece sus proezas y el ignorante que delira con sus malos presentimientos, son para él fuentes igualmente auténticas; muchas veces se pone en escena él mismo; extiende la historia por todo el mundo, como ella lo hacia áun en aquel tiempo; anda en busca de la caballería sin advertir que iba concluyendo, ni que el pueblo empieza á figurar en la historia, y sin embargo la elimina de ella; no raciocina, ni discute; se contenta con narrar, pero narra admirablemente, y aunque manifiesta que está persuadido de que le leerán los venideros, se ve que destina la historia más bien á entretener los ocios de los señores. De aquí este tono de novela que toma y que le sirve para contar aquella vida

caballeresca, guerras, incendios, tropas mercenarias que vivian del pillaje, á la vez que describe córtes, torneos, amores, y brillantes y leales empresas. No trata, pues, de política, de moral ni de humanidad, ni le espanta el delito; dice que es un *príncipe excelente* Gaston, conde de Foix, aunque había matado á su hijo; cuenta con la mayor tranquilidad los asesinatos de los ingleses en Francia; no se desacredita á sus ojos Duguesclin cuando permite que D. Pedro sea asesinado en su presencia, ni le admiran las acciones más generosas. ¿Cómo le hemos de tachar de contradicción cuando no tuvo opinion propia?

Nos da á conocer de qué manera vivian los señores, describiendo la corte del mismo Gaston en Orthés. «El conde de Foix, cuando yo fui á su casa, tenía sobre cincuenta y nueve años, y os diré que en mi vida he visto muchos caballeros, reyes, príncipes y otros; pero nunca ninguno tan bello de cuerpo ni de tan proporcionada estatura; era vivo, de buen color, risueño, y de ojos verdes y amorosos cuando quería. Todo él era tan perfecto, que no se le puede alabar demasiado... Mandaba dar diariamente en limosnas cinco florines, y además á todos los que llegaban á su puerta. Fué generoso y cortés en regalar, y quería á los perros más que á los demás animales, pasando con gusto los dias en la caza, fuese invierno ó verano. Era muy accesible á todos, y hablaba con dulzura y cariño; breve en sus consejos y respuestas. Tenia cuatro secretarios para escribir cartas y contestar... Cuando iba á media noche de su habitacion á la sala para cenar, llevaba delante doce pajes con antorchas que, colocadas delante de la mesa, daban gran claridad á la sala, llena de caballeros y escuderos, y en la cual habia siempre mesas preparadas para que cenara el que quisiese. Le causaba gran placer oír á los ministriles, pues era perito en su arte y hacia cantar canciones y arias á sus eruditos. Permanecía á la mesa cerca de dos horas, y veia con gusto platos raros; pero luego los que veia los enviaba á las mesas de los caballeros y escuderos... En la sala y en el patio iban y venian muchos caballeros y escuderos de honor, y se les oía



hablar de armas y de amor. Allí se hallaba todo grande; todas las noticias, de cualquier país ó reino que fuesen, allí se oían, porque allí iban gentes de todos los países á causa de la fama del señor.»

Algunos imitaron á Froissart; Enguerrando de Monstrelet continuó su obra hasta 1444, siendo instructivo si no fuese tan pesado, y despues hasta el 1461 Mateo de Coussy. Juan de Lecrec, consejero de Felipe el Bueno de Borgoña, escribió sus Memorias desde 1448 al 66, mal desenvueltas, llenas de prodigios y circunstancias fútiles, pero ricas en particularidades relativas á la clase media. Escribió la crónica de Borgoña Jorge Castellain, como testigo presencial, y con conocimientos y mucha imparcialidad. No quiero hablar de otros autores de memorias, género en que los franceses tienen grande superioridad, y que agradan por la innata afición del hombre á los pormenores que conducen á consecuencias algun tanto más generales: en ella se ejercita la malignidad, y el amor propio se deleita en hallar en ellas semejanzas con nosotros mismos, y en adivinar en el alma de otro lo que sentimos en la nuestra.

Citarémos por su interes histórico á Oliverio de la Marche, paje de Felipe el Bueno y capitán de Carlos el Temerario, que describe minuciosamente cómo querria ver vestida á la señora de sus pensamientos, y sus descripciones se ven con más claridad en las miniaturas que las acompañan en un manuscrito de la biblioteca de Paris. Supone que su amada se levanta del lecho. La primera cosa que Oliverio le pone delante, es un par de chinelas puntiagudas de terciopelo negro, forradas de seda de color de rosa y zapatos de cuero de Córdoba; despues medias largas de fina tela encarnada, atadas con ligas azules, camisa de delgada tela; jubon ó corpiño de damasco blanco abierto por el pecho, de manera que deja ver una tela carmesí; un cordón oprime su talle, á cuyo alrededor tiene un cinturón negro con un broche de oro, pendiendo de aquel un acerico de tela de oro bordado de lana para prender los alfileres; una bolsita de oro y perlas, un pañolito pendiente de una cinta, y por fin, una blanca y fina camiseta le cubre las espaldas y el seno. Sus ca-

bellos están peinados tan bajos, que no se ven debajo del velo tejido de seda y oro; ciñe su cabeza una cinta tambien de oro, y cae sobre sus sienes, llevando al cuello un enorme diamante; lleva despues un vestido de tela de oro de Venecia ó de Lucca, guarnecido de armiño y cogido con un cinturón bordado de blanco, negro y encarnado, del cual penden rosarios de Calcedonia, y finalmente, guantes de España perfumados con violetas, un capuchón de terciopelo adornado de estrellitas y cadenillas de oro, y un espejo de acero muy brillante con cerco de oro para complacerse en sus bellezas.

Cristina, hija de Tomas de Pizzano, astrólogo de Bolonia, al servicio de Carlos V, fué educada en la corte de Francia para las letras, y siendo mujer y hermosa, se aplaudieron sus primeras poesías (1). Animada con este recibimiento, y en la necesidad de hacer ménos desdichada su viudez, trató de escribir una obra histórica, *Cambios de fortuna*, la cual gustó tanto á Juan Sin Miedo, que le dió el encargo de redactar la vida de Carlos V, abriéndole con tal objeto los archivos. Pero conservar la imparcialidad ante los deslumbrantes favores de los reyes es una empresa superior á una mujer, y Cristina formó un panegirico, aunque sin intencion de faltar á la verdad. Hoy apenas puede leerse lo que entonces causaba tanta admiracion; reune, sin embargo, viveza poética con un juicio perspicaz, sentimiento delicado con fuerza á toda prueba. Parecerá extraño que haya escrito tambien de arte militar, sirviéndose de lo que escribió Frontino y Vegecio, y aplicándolo á los nuevos adelantos, y *non mye par arrogance ou par folle presumption, mais admonesté de vraie affection et bon désir du bien des nobles hommes en l'office d'armes*.

Á todos sobrepujó Felipe de Commines, señor de Argenton, ministro de Carlos el Temerario. Cuando Luis XI cayó en manos de éste, él le proporcionó medios de salir de su mal estado, persuadido de que el frances repararía su error y que el borgoñon no podría sacar par-

(1) *Petitot, Notice sur la vie et les ouvrages de Christine de Pisan*